

mismo Bernstein, el cual, dedicado á buscar contradicciones, anunciaba que había encontrado un gran número de ejemplos magníficos, y llegado el momento de mostrarlos, no ha presentado absolutamente nada más que palabras fuertes.

Estas no faltan, ciertamente. Bernstein nos da un juicio aplastante sobre el carácter científico de la obra de Marx y Engels:

«Para que la tesis (de origen hegeliano) de la evolución subsistiera, era necesario dar una interpretación errónea de la realidad ó ignorar toda proposición efectiva en la estimación del camino que hay que recorrer. De aquí nace la contradicción de que vayan juntas una lamentable menudencia propia del infatigable celo de los genios y una negligencia casi increíble de las realidades más palpables; de que la misma doctrina que tiene por base la influencia determinante de la economía sobre la fuerza se convierta en una creencia verdaderamente maravillosa en la facultad creadora de la fuerza y de que la elevación teórica del Socialismo á la categoría de ciencia se transforme tan á menudo en una subordinación á la tendencia de todas sus pretensiones científicas.»

La dialéctica hegeliana no basta por sí sola para explicar una negligencia del método tal como la descrita en el párrafo citado. Bernstein descubre aún otra causa: «La flagrante contradicción entre la realidad y el programa era el resultado de un error intelectual de un dualismo en su teoría.»

Lo explica en los siguientes términos:

«En el movimiento socialista moderno pueden

distinguirse dos corrientes principales que en épocas diversas y bajo formas diferentes se oponen la una á la otra. La una, *constructiva*, continúa las ideas reformistas expuestas por pensadores socialistas; la otra, toma sus inspiraciones de los movimientos populares revolucionarios y sólo se propone *destruir*. Conforme á las posibilidades del momento, la una aparece como *utópica, sectaria, pacíficamente evolucionista*; la otra, como *conspiradora, demagógica, terrorista*. Cuanto más nos acercamos al tiempo presente, más categórico es el santo y seña: *aquí*, emancipación por *la organización económica*, y *allí*, emancipación por *la expropiación política*... La teoría marxista trata de combinar el fondo esencial de estas dos corrientes. Tomó á los revolucionarios la idea de la lucha emancipadora de los trabajadores como si fuera una lucha de clases política, y á los socialistas la necesidad de conocer las condiciones económicas y sociales de la emancipación obrera. Pero esta combinación no significaba aún la supresión del antagonismo. Era más bien un compromiso como el que Engels proponía á los socialistas ingleses en su escrito *La situación de las clases obreras*: subordinación del elemento propiamente socialista al elemento político radical y social-revolucionario. Cualquiera que haya sido la evolución efectuada en el transcurso de los años por la teoría marxista, no ha sabido nunca desprenderse del carácter de este compromiso ni de su dualismo.»

He aquí, por fin, una explicación, no de *la falta de orden intelectual* de Marx y Engels, sino de la concepción intelectual de Bernstein, que le impulsa de repente á ver en todas partes obscuridades y contradicciones donde ha encontrado durante veinte

años la más completa unidad. El dualismo entre el elemento *evolucionista pacífico* y el elemento *demagógico-terrorista* es el defecto fundamental del marxismo. Pero no es el elemento evolucionista pacífico el que Bernstein quiere expurgar. En otros términos: el genio malo del marxismo es el espíritu revolucionario, él es también el que hace tan pérdida y tan funesta á la dialéctica. El cegó á Marx y á Engels, y les llevó á descuidar de manera increíble los hechos más evidentes y á subordinar toda ciencia á las tendencias y á las contradicciones íntimas más groseras. Si se quiere robustecer el Socialismo, hay que ahuyentar al genio malo.

Pero ¿qué quedará del marxismo después de este exorcismo? Quitarle su espíritu revolucionario ¿no es quitarle la vida?

Lo que á los ojos de Bernstein aparece como un *error intelectual*, como un *dualismo*, es precisamente á los nuestros el gran hecho histórico del Socialismo de Marx: la reconciliación del Socialismo utópico y del movimiento obrero primitivo en una unidad más elevada. Lo consiguió, gracias al materialismo histórico por un lado, reconociendo en la lucha de clases del proletariado la fuerza impulsiva de la evolución de la sociedad moderna más allá de la fase capitalista, lucha que, como todas las de su clase, es necesariamente una lucha por el Poder político; y por otra parte, reconociendo las tendencias de la evolución económica del modo de producción capitalista, que empujan al proletariado á conquistar las fuerzas económicas del capital y crean las condiciones de un modo de producción social.

¿Dónde está el dualismo, dónde el compromiso en esta teoría?

La juzgo el descubrimiento más importante del

siglo XIX. Con ella se relaciona un hecho conexo, y es que Marx y Engels no tenían la intención de sepultar sus nuevos resultados científicos en libros de uso exclusivo en el mundo sabio, y que entraron en las filas del proletariado, tomaron parte en sus luchas y se esforzaron cuanto pudieron para elevar el nivel de todo el proletariado internacional.

De otro modo, si su grandeza histórica procede, por una parte, de que han sabido conciliar el movimiento utópico y el movimiento revolucionario, resulta, por otra, de que fueron á la vez sabios y hombres políticos, hombres de gabinete y hombres de lucha. Hay, ciertamente, un antagonismo entre estas dos funciones, antagonismo correspondiente al que existe entre el pasado y el porvenir, la necesidad y la libertad, entre el materialismo y el idealismo.

Mientras que el sabio estudia con calma é imparcialidad las relaciones necesarias entre los hechos, el hombre de combate lucha por todo lo que en apariencia es aún desconocido y libre, aunque se halle sometido á leyes ineluctables; lo persigue como un fin obscuro, un ideal lejano que estimula su voluntad y su actividad, y excita poderosamente sus pasiones. Y mientras que el sabio puede calcular tranquilamente el pro y el contra antes de tomar una decisión, en la lucha es preciso aprovechar el momento favorable sin perder el tiempo en largas reflexiones.

Es evidente que estas oposiciones se manifiestan en la actividad de los hombres que son á la vez sabios y hombres de combate. Pero no es juzgar á estos hombres con imparcialidad histórica el deducir de la dualidad de sus funciones contradiccio-

nes en sus teorías y hasta faltas de orden intelectual.

Si alguien ha sabido sustraerse á este antagonismo de funciones, han sido los dos fundadores del Socialismo moderno. Los argumentos que aduce Bernstein para probar que las teorías de Marx y Engels carecen de carácter científico y están llenas de errores, no resisten un examen profundo. Lo hemos demostrado con varios ejemplos. Pero todo aquel que no se limita á la interpretación de frases aisladas, el que abarca el conjunto de la obra política de nuestros dos maestros en su unidad histórica, queda admirado, sea amigo ó enemigo, de su poder al conciliar la pasión revolucionaria y la profundidad científica, ya considere la actividad que han desplegado en la *Neue rheinische Zeitung* y en *La Internacional*, ó la fecundidad de su influencia sobre el Partido Socialista Internacional.

Este *dualismo*, es decir, la unión del espíritu científico y del espíritu revolucionario, del materialismo histórico y del idealismo práctico, ha sido, no sólo para ellos, sino también para sus sucesores, el manantial de lo mejor que han producido en el orden intelectual; y si la crítica de Bernstein de la *falta intelectual* de los marxistas es hoy acogida con tanta consideración, se debe á que Bernstein ha cometido esta falta durante veinte años.

c) El valor.

Después de la Filosofía viene la Economía política, cuya clave es la teoría del valor; Bernstein se ocupa también de ella. Aquí no conviene «la forma irresoluta y pesada de los primeros capítulos», de la que el mismo Bernstein se lamenta. En esta

materia tan difícil y tan importante, es preciso ante todo ser claro y conciso, y no dejar lugar á dudas. Bernstein no lo ha conseguido. Su obra debía expresar claramente y sin equívoco sus ideas más recientes, que tantas veces han sido mal comprendidas, según él. Lo que nos dice de la teoría del valor es una exposición de la teoría de Marx, á la cual añade en varios lugares algunas reflexiones, sin señalar de ningún modo su propia opinión sobre la materia. Aún es más obscuro cuando asimila á la teoría de Marx la teoría de la utilidad mínima sin explicarse claramente sobre ella. Para él el valor marxista no es «más que un hecho de naturaleza puramente ideológica construido sobre abstracciones».

«Marx tiene, indudablemente, el derecho de prescindir de la naturaleza de los géneros hasta el punto de que éstos no aparezcan más que como masas reunidas de trabajo humano, de igual modo que la escuela böhm-jevonsista puede prescindir de todas las cualidades de los géneros, excepción hecha de su utilidad.» Después cita una frase de *El Capital* que «basta por sí sola para imposibilitarle el ponerse encima de la teoría de Cossen y de Böhm». Pero en una nota de la edición alemana, Bernstein señala una tercera teoría del valor, la de M. de Buch, que nos es desconocida, y declara que es «el resultado de un análisis no menos sagaz y una notable contribución á un problema que no está aclarado en modo alguno».

Resulta que lo que no está claro de ningún modo, es la teoría de Bernstein sobre el valor. No sabemos si es la teoría de Marx, la de Jevons, la de Buch ó una teoría particular, síntesis de las tres. El problema no se resuelve en el libro de Bernstein.

Este respondió á una crítica mía con un artículo publicado en la *Neue Zeit*, en el que me acusa de no comprenderle ó de no quererle comprender. Semejantes insinuaciones son uno de los encantos de las polémicas con Bernstein. Si no se le comprende, cree imposible que sea por culpa suya. La cosa es muy clara, sin embargo, y muy fácil de entender:

Pedro y Pablo examinan una caja de minerales. «Estos son cristales hemiédricos de caras paralelas», dice Pedro. «Es una pirita de hierro», dice Pablo. ¿Cuál de los dos tiene razón?

«Los dos tienen razón», responde el mineralogista. Lo que dice Pedro se refiere á la forma; la observación de Pablo, á la substancia.

«La exactitud de esta respuesta nos aparece claramente en seguida, porque ahora tratamos de un objeto concreto en el que es fácil distinguir la forma y la substancia. Hombres dotados normalmente no discutirán sobre la cuestión de saber si la tela de un cobertor es de lana ó de felpa, sino sobre si la tela es lana ó no, si el tejido es ó no felpa. Pero dos personas igualmente razonables podrían discutir cuál es la característica de la pieza de tela en cuestión, si es la materia de que está hecha ó su fabricación. Y, como van hasta el fondo de las cosas, podrían llegar, la una á observar la naturaleza intrínseca de la lana; la otra, la del tejido felpudo, y á discutir únicamente si es la substancia ó el tejido lo que determina el carácter de la tela. Esta es, en otro terreno, la discusión de la noción del valor que dura desde hace siglos en la Economía política. Los elementos contrarios, *la primera materia* y *el tejido*, son aquí *valor del trabajo* y *utilidad*. Y de igual modo que nuestros amigos

los teóricos saben perfectamente que sin la primera materia no puede hacerse un tejido, y que la primera materia, si no se la trabaja, no puede producir un buen cobertor, de igual modo los economistas de los dos campos opuestos no ignoran que el valor económico de un objeto cuya fabricación no exige ningún trabajo, es nulo, cualquiera que sea su utilidad, y que, por otra parte, el trabajo que exige la fabricación de un objeto no confiere á éste ningún valor mientras no responda á alguna necesidad humana.

«El valor económico tiene un doble carácter: la noción de utilidad (valor de uso y de necesidad) y la de gastos de fabricación (valor del trabajo)».

Este doble carácter determina—continúa Bernstein—el grado del valor. Pero, para llegar á la supervalía, suponía Marx que los productos se venden en su valor de trabajo y no tenía en cuenta la *utilidad* como segundo factor determinante del valor. Lo contrario hacen con otro objeto los teóricos de la *utilidad mínima*.

Según el objeto que uno se proponga, queda justificado uno ú otro de estos puntos de vista.

De otro modo, la teoría de Marx es exacta, pero la de los teóricos de la *utilidad mínima* lo es también. No son más que las dos fases de un mismo objeto. Sin embargo, es sorprendente que gentes tan sagaces como los partidarios de la *utilidad mínima* no lo hayan notado. Es menos chocante que Marx y sus partidarios no hayan visto cuán fácil era solucionar la disputa emprendida hace siglos sobre esta cuestión del valor. Estos obstinados son evidentemente cortos de vista. Pero sea lo que fuese, Bernstein ha hecho su asombroso descubrimiento y comienza una nueva era para la teo-

ría de la utilidad. Pero aún falta un pequeño detalle: Bernstein observa que «la teoría de la utilidad mínima está justificada en ciertos casos, mientras que en otros debe preferirse la teoría de Marx». Desgraciadamente, no especifica estos casos, y esto perjudica al valor de su descubrimiento, por cuanto los teóricos de una y otra opinión aplican sin distinción su teoría en donde quiera que necesitan una teoría del valor. No conocemos, en toda la historia de la Economía política, ni un solo ejemplo de que un escritor haya partido en un caso de la doctrina de Marx y en otro de la teoría de la utilidad mínima ó que haya solamente creído posible el emplear semejante método. Bernstein debiera habernos dicho cuándo y cómo es esto posible. También hubiera debido deducir la moral de su ejemplo de la pirita de hierro: los cristales son la forma; la pirita, la substancia del cuerpo. ¿Constituyen la utilidad la forma del valor y el trabajo su substancia, ó es al contrario?

¿Cuál es el objeto de una teoría del valor? No es otro que el de servir para comprender nuestro modo de producción.

Nuestros productos no están destinados directamente al consumo, sino á la venta. Comprar y vender son las bases de la actual economía industrial. El que quiera comprenderla debe conocer ante todo las leyes que rigen la compra y venta.

Cualquiera que observe el mercado, nota fácilmente que á pesar de las fluctuaciones que provocan los cambios en la oferta y la demanda, el precio de cada clase de productos no es arbitrario, sino que tiene tendencia á alcanzar una altura determinada. Esta tendencia determinada es su valor, y ella no aparece más que en el cambio y la

venta como valor de cambio. El valor no es, pues, un hecho de naturaleza puramente ideológica, sino un hecho concreto; no existe un valor, según lo que piensen Marx ó Jevons, sino solamente un valor mercantil que se ha observado y estudiado con mucha anterioridad á Marx y Jevons.

Lo que es de naturaleza puramente ideológica y particular de Marx y de Jevons, no es el mismo valor, sino la teoría del valor, es decir, la tentativa de descubrir y de explicar qué relación existe entre este hecho misterioso en apariencia y los conocidísimos hechos de la vida económica.

Sin duda está permitido á Marx descuidar todas las cualidades de un producto y no tener en cuenta más que una cosa, y es que este producto representa una cierta cantidad de trabajo humano; está permitido á Jevons no tener en cuenta más que la utilidad de este producto; pero aquí se trata de saber lo que está permitido cuando se tiene el objeto determinado de averiguar el valor de una mercancía en tanto es valor de cambio. Este objeto determinado no tiene nada que ver con los otros objetos que el observador junta al estudio de la teoría del valor. Cualquiera que sea el resultado de sus averiguaciones, el objeto que se propone la teoría del valor sigue siendo el mismo: descubrimiento de la ley fundamental que regula la marcha del cambio, es decir, de la compra y venta.

Pero si toda teoría del valor tiene el mismo objeto, es absurdo admitir que pueda haber á la vez diferentes teorías del valor, según el objeto que persigan.

Bernstein nos remite, para aclarar su opinión, á un artículo de la *Neue Zeit*, en el cual se explica detalladamente sobre la cuestión de la teoría de la

utilidad mínima. Pero lo que en él dice no está de acuerdo en absoluto con su opinión actual. Bernstein declara que en la teoría de la utilidad mínima «el valor y el precio son una sola y misma cosa» y que, por consecuencia, no es ésta «una teoría del valor, sino una teoría del precio. La noción del valor mínimo es una adquisición preciosa para la Economía política y para el estudio de las leyes del cambio».

Esto significa que Bernstein considera á la teoría del valor mínimo como impropia para servir de teoría del valor. Pero como teoría del precio, no puede ser útil más que para las averiguaciones de pormenores, porque ¿cómo concebir una teoría extensa del precio sin una teoría del valor que le sirva de base? La naturaleza del dinero, por ejemplo, sólo puede explicarse por una teoría del valor y nunca por una teoría del precio. En efecto, éste es uno de los puntos más débiles de la teoría del valor mínimo. Ella no puede explicar la función del dinero como medida de los valores.

Bernstein habla hoy de ella como de una teoría del valor igual á la teoría marxista. Para conseguirlo, introduce de pronto, sin apercibirse de ello, una nueva categoría económica, *el valor económico*. «El valor económico—dice—tiene un doble carácter: lleva consigo la noción de *utilidad* (valor de uso y de necesidad) y la de gastos de fabricación (valor del trabajo).»

¿El valor económico? ¿Qué clase de valor es ese? Marx señala en *El Capital* el doble carácter de la mercancía, que es al mismo tiempo valor de uso y valor de cambio, y el doble carácter del trabajo produciendo mercancías. El doble carácter del *valor económico* no encuentra aquí lugar. Si

Bernstein no tiene, pues, su teoría propia, aún ignorada, del valor económico, nos es difícil hacerla sitio.

En su libro aún se fija Bernstein en el doble carácter de la mercancía. En uno de los pasajes indicados al principio de este capítulo, dice que está permitido á Marx descuidar todas las cualidades de la mercancía y no considerar más que lo que representa una cierta cantidad de trabajo, de igual modo que está permitido á los teóricos de la utilidad mínima no considerar más que la utilidad. Dice ahora del *valor económico*, lo que decía hace unos instantes del producto mismo. Su opinión respecto á la teoría del valor debe ser muy fecunda.

¿Confundirá Bernstein el valor económico y el valor de cambio? Hay gentes que admiten que el valor de cambio de una mercancía depende de la cantidad de trabajo que representa y de su grado de utilidad. ¿Es esto lo que quiere decir Bernstein en su frase del doble carácter del valor económico? Pero entonces, ¿qué quiere decir la expresión *valor de trabajo*? Esta expresión no puede significar más que una cosa, y es que el valor de un producto está determinado únicamente por la cantidad de trabajo que representa. El que opine que el valor no está únicamente determinado por el trabajo, sino también por otro factor tal como la utilidad, no puede hablar de un *valor de trabajo*. Pero ¿quiere decir Bernstein que el valor económico, como valor de cambio, es á la vez valor de uso y valor de cambio determinado exclusivamente por el trabajo?

Todo lo que tiene de claro el doble carácter de la mercancía, tiene de obscuro y de confuso el

doble carácter del *valor económico*. No negaré que semejante noción del valor sea conciliable, lo mismo con la teoría del valor mínimo que con la de Marx ó con otra media docena. Un concepto tan obscuro hace igualmente confusas todas las teorías del valor.

Así es como llega Bernstein á conciliar la teoría de M. Leopoldo de Buch con la teoría del valor de Marx y la de Böhm von Bawerk.

Bernstein ha encontrado una laguna en la teoría del valor de Marx. Según esta teoría, la duración del trabajo necesario para fabricar una mercancía es quien determina su valor. Pero hay distintas clases de trabajo. Deben reducirse todas á una misma clase de trabajo, *al trabajo simple*, si se quiere poder comparar la cantidad de la una con la de la otra. «Un trabajo complejo no es más que un trabajo simple elevado á cierta *potencia*, ó mejor, *multiplicado*, de modo que una pequeña cantidad de trabajo complejo es igual á una cantidad mayor de trabajo simple. La experiencia demuestra que esta operación de reducción se verifica constantemente. Las diferentes proporciones en las que distintas clases de trabajo son reducidas á *trabajo simple*, tomado como unidad de medida, están determinadas socialmente, sin saberlo los productores, á quienes parecen ser el resultado de la tradición.

Lo que Marx ya no explica es cómo estas proporciones están determinadas socialmente. En la *Crítica de la Economía política* observa: «No es éste el lugar de explicar las leyes que regulan esta operación de reducción.» Desgraciadamente, no ha insistido sobre estas leyes para explicar su desarrollo; él ya las conocía, pues si no las conociese no

hubiera hablado de ellas. En este punto está incompleta la teoría de Marx. Somos de la opinión de Bernstein en esta materia, pero no sobre el modo como pretende él llenar la laguna.

«Buch—dice—trata de desatar el nudo gordiano separando rigurosamente las dos clases de valor que se confunden en Marx: valor intrínseco y valor relativo. El primero es para él el valor de trabajo, que determina directamente por el salario y la duración del trabajo, y fundando sobre la fisiología la noción de la *densidad límite de trabajo* (la *densidad límite de trabajo* aumenta cuanto más corta es la jornada de trabajo y mayor es la parte del obrero en el producto de su trabajo.) El valor del trabajo es, pues, muy diferente del valor de valuación que el producto tiene ó tendrá en el mercado. Deben distinguirse rigurosamente estos dos valores. El provecho que saca el obrero debe estimarse por la relación entre el valor de trabajo y el valor de valuación, y no solamente por el valor de trabajo.»

Sé que pueden hacerse objeciones á la teoría de Buch, pero creo que procede en ella con un análisis riguroso y que ha encontrado el medio mejor de llenar la citada laguna. De todos modos, me parece más práctico operar con dos nociones distintas del valor que dar de una misma noción una definición que comprende dos principios que se neutralizan, como sucede con «la duración del trabajo necesario socialmente». Como aún no tenemos más que la primera parte del trabajo de Buch, no puedo dar sobre él mi opinión definitiva.»

Yo no conozco aún esta primera parte de la obra

de Buch, pero lo que de ella dice Bernstein no me la hace considerar como un modelo de análisis riguroso.

Ignoro si las nociones de *valor intrínseco* y de *valor relativo* se confunden en Marx.

Marx distingue y separa rigurosamente el *valor intrínseco*, el *valor del trabajo*, el *valor individual*, del valor mercantil, del precio mercantil.

Por el contrario, Buch parece confundir más de una noción cuando determina el valor por el salario.

El valor es una categoría económica anterior á la aparición del trabajo asalariado. Si se quiere determinar el valor por el salario es preciso no ver la diferencia que hay entre la simple producción de mercancías y la producción capitalista, y considerar esta última como la única forma de producción industrial. ¿Qué sucederá entonces con el valor de productos que no han sido fabricados por obreros asalariados, sino por artesanos que trabajan por su cuenta? ¿Qué es el salario sino una suma de valores cambiados por una fuerza de trabajo de igual valor? Por consecuencia, el valor está determinado desde luego por el salario y el salario por el valor.

Pero ¿está también determinado por el salario el valor de la fuerza productiva?

Es muy meritorio el buscar las lagunas de una teoría, pero este mérito deja de serlo cuando se intenta llenar estas lagunas con un contrasentido.

En efecto, ¿qué hacer con un *valor económico* que es á la vez un valor de uso y un valor de cambio, un *valor de trabajo* determinado á la vez por el gasto de trabajo y el salario de este trabajo? Una teoría del valor, lo mismo que una concepción histó-

rica, debe comprobarse en la práctica y en la aplicación.

La teoría de Bernstein sobre el valor, cualquiera que sea, pretende ser una modificación ó un desarrollo de la teoría de Marx. Pero ésta está íntimamente ligada á la concepción de producción moderna que ha expuesto Marx.

Toda esta concepción es ya caduca en la forma que ha revestido hasta aquí y se la debe corregir, si la teoría marxista del valor sufre alguna modificación. La doctrina de la supervalía y del provecho, la concepción del capital y de su relación con el proletariado, todo debe cambiarse radicalmente si cambia la teoría del valor que les sirve de fundamento.

Esto no preocupa á Bernstein. Aún hace algunas observaciones sobre la supervalía y la superproducción, pero no cambia en nada el antiguo estado de cosas y continúa tratando la vieja concepción marxista del capital como si no existieran las objeciones que él hace contra la teoría del valor.

Concede que el valor de la teoría de Böhm von Bawerk es exacto hasta cierto punto. ¿Quiere decir con esto que dicha teoría del capital y del interés del capital está justificada ó que es conciliable con la de Marx?

Nada nos dice sobre ello. Sus ulteriores consideraciones sobre la economía no tienen ninguna relación con su crítica de la teoría del valor, que hubiéramos podido muy bien dejar á un lado, si toda la banda de antimarxistas no hubiese lanzado aullidos de alegría al ver á un marxista proclamar la bancarrota de la teoría marxista del valor.

Bernstein no ha ido tan lejos. Sólo ha mos-

trado que no sabe exactamente lo que de ella debe pensar. La encuentra incompleta é inacabada; no trata de desarrollarla conforme al espíritu de su fundador, pero quiere llenar sus lagunas introduciendo ideas que son extrañas y hasta contrarias al espíritu de la teoría, y que no pueden formar con ella un conjunto homogéneo.

Ni los teóricos de la utilidad mínima ni los marxistas acogerán bien estas tentativas de Bernstein.

No verán en él al teórico, sino al escéptico.

Bernstein no ha llegado á un resultado positivo como crítico de la teoría del valor ni tampoco como crítico de la concepción materialista de la Historia. Su ventaja sobre Marx consiste en que substituye la unidad de esta concepción por el eclecticismo, que celebra como «la rebelión del buen sentido contra la tendencia propia á toda doctrina de hacer sufrir al pensamiento el suplicio de los borceguies».

Si Bernstein se representa la historia de la evolución intelectual, verá que todos los grandes espíritus que se han alzado contra la opresión del pensamiento no fueron eclécticos, y que sus esfuerzos tendieron igualmente á la unidad que á la independencia. El ecléctico es demasiado moderado para ser rebelde. Reniega y se irrita como un pobre diablo contra las incomodidades que lleva consigo la persecución de la unidad. Pero que se nos indique en la república de los espíritus un ecléctico que merezca el nombre de rebelde. Si compenso una cortés reverencia á Marx con otra cortés reverencia á Böhm Bawerk, ¿está esto lejos de ser una rebelión!

Pero Bernstein dice que la misión de los suce-

sores de Marx y Engels es «dar unidad á la teoría».

¡Viva la unidad ecléctica!

Concedo de buen grado que éste no es el suplicio de los borceguies.